

CONVERSACIÓN CON ANA POLITKOVSKAYA

Los nuevos disidentes rusos

PAOLO FLORES D'ARCAIS

El 7 de octubre de 2006 Ana Politkovskaya fue asesinada en Moscú. Era una periodista que ejercía su profesión con coherencia. Que simplemente contaba lo que veía. Pero eso, en la Rusia de Putin, se paga con la vida. En su honor y para no olvidar su sacrificio por la libertad y la democracia la revista italiana *MicroMega* publicó la transcripción de un encuentro que tuvo lugar en el Festival de la Literatura de Mantua en 2005.

Paolo Flores d' Arcais: Ana Politkovskaya es la periodista rusa más famosa en el mundo. No sólo es una gran periodista sino que, como cualquiera puede constatar leyendo sus libros, es mucho más que una periodista. Es una socióloga, una antropóloga, es una de las escasas personas que hoy nos están contando y analizando ese país/continente que es Rusia. También se podría decir, obviamente, que Ana Politkovskaya es una periodista muy valiente, pero estoy seguro de que ella rechazaría ese adjetivo y nos respondería que ella es periodista y nada más, y hace lo que es normal para un periodista: contar lo que ocurre de verdad, respetar los hechos, intentar profundizar en ellos. Y sin duda así es, sólo que hoy en Rusia, en la Rusia de Putin, hacer periodismo normal es una excepción, es un acto de valor, puede que de un valor extraordinario. El último libro de Ana Politkovskaya, *La Rusia de Putin*, justo en una de las últimas páginas recuerda a un personaje político, Víctor Cherepov, al que hicieron saltar por los aires, y a un periodista, Paul Klebnikov, que fue asesinado por escribir sobre la Rusia de los oligarcas, la Rusia de Putin, la Rusia de la corrupción, la Rusia de la ilegalidad. Pues bien, este problema, el hecho de que para desempeñar hoy en Rusia con normalidad algunas profesiones como el periodismo (pero también

como la magistratura) haga falta una buena dosis de heroísmo, es uno de los hilos conductores de los análisis sociológico-periodísticos de Ana Politkovskaya. Sobre este tema tendremos que volver a menudo.

He ahí, pues, por qué tengo la firme convicción de que el periodismo de Ana Politkovskaya es una contribución a lo que en Occidente llamamos ciencias humanas, y no sólo al periodismo. O si se quiere, que es un periodismo de vanguardia, en el sentido exacto de un periodismo del futuro, porque tenemos que reconocer que no sólo ese periodismo es raro y requiere valor y heroísmo en Rusia, sino que ya es rarísimo incluso en Occidente. Es el periodismo de quien no tiene en cuenta la cara de nadie. Es el periodismo de quien, partiendo de un hecho, incluso de un hecho marginal, sigue, como en una gran investigación, o como en una dramática novela de intriga, todos los aspectos, todos los hilos que se originan en ese hecho y ahonda en los entresijos del poder.

Actualmente en Rusia, cada x años, se dan elecciones con una tasa más o menos elevada de fraudes, y quizá por eso (por esa apariencia de democracia) ya no prestamos a la Rusia de Putin la atención que dedicábamos por ejemplo a la Rusia de Breznev. Sin embargo la Rusia de Putin, para la democracia, no es menos peligrosa de lo que era la Rusia de Breznev, la URSS. Hoy de nuevo el poder en Rusia es el poder de la *nomenklatura*, como se lo definía en tiempos. Esa *nomenklatura*, que en tiempos de Breznev era simplemente la *nomenklatura* de partido, del partido único, del PCUS, hoy es la *nomenklatura* del entorno de Putin, y por tanto es la *nomenklatura* del aparato de poder político, sólo que ampliada. Ampliada a la *nomenklatura* mafiosa, ampliada a ciertos sectores de la *nomenklatura* religiosa, de la Iglesia ortodoxa, completada con los grandes negociantes que dominan un mercado que no es un mercado, un

mercado que paulatinamente ha expulsado (y en el libro de Ana Politkovskaya hay muchas historias concretas que lo atestiguan y describen) a una clase media emprendedora inicial, potencial, que fue sacrificada en aras de los nuevos grandes grupos, que están en manos precisamente de la alianza político-mafiosa.

Por lo tanto estamos ante un país que ha privatizado la economía y que ha abolido el monopolio del Partido Único y que sin embargo carece de un mercado, es decir de la posibilidad verdadera de emprender, según unas reglas iguales para todos, y que carece más que nunca de democracia.

Por todo ello quisiera empezar a profundizar en esos temas con Ana Politkovskaya, comenzando por uno de sus muchos reportajes. Es un reportaje extraordinario, aunque sólo cuenta un episodio. Un episodio de los que seguramente han ocurrido muchísimos. Un episodio relacionado con la guerra en Chechenia, un episodio donde un militar del ejército ruso de ocupación violó y asesinó a una mujer chechena a la que acusaban de terrorista, mejor dicho, de la que se sospechaba que podía apoyar a los terroristas. En una guerra sucia como la guerra de Chechenia seguramente los casos de ese tipo están a la orden del día. Ha habido muchísimos. ¿Por qué este caso se ha vuelto emblemático? Porque, paradójicamente, es un caso donde al final se hace (excepcionalmente) justicia. Es decir, lo que ocurrió fue que un coronel, es decir un alto oficial del ejército ruso, para colmo multicondecorado, fue condenado a diez años de cárcel.

Podríamos decir: se ha hecho justicia. Y alegrarnos por ello. Por otra parte tenemos que admitir que también en Occidente se han dado casos donde militares en escenarios de guerra han perpetrado cosas igualmente crueles sin que nunca se procese a nadie (salvo excepciones, justamente). Por lo tanto una historia

de ese tipo podría utilizarse para decir, con cierto optimismo: sí, la Rusia de Putin está llena de defectos, está llena de contradicciones, pero ved como al final se hace justicia porque un coronel, un alto oficial multicondecorado, obviamente apoyado por el ejército, por los altos escalafones, apoyado en gran medida por la opinión pública rusa fuertemente nacionalista, y por tanto por gran parte de los medios, al final es condenado. Y condenado a diez años, que no es una pena leve.

No obstante, Ana Politkovskaya cuenta toda esa historia, acertadamente a mi juicio, precisamente para demostrar que algo que parece un resultado de la justicia es por el contrario, por las formas mediante las que se llega a la condena, el producto de algunas circunstancias excepcionales, que si acaso ponen aún más de relieve que el sistema, en la Rusia de Putin, está podrido en sus estructuras.

Ana Politkovskaya efectivamente reconstruye cómo esa condena nace de una simple variación en el tiempo de los intereses que mueven a Putin, en relación sobre todo con la política internacional, y de la singular convergencia de dos factores: un momento muy particular, en el que Putin tiene especial interés en demostrar a Occidente que determinados delitos (perpetrados incluso en situaciones de guerra) en Rusia no quedan impunes (aunque en realidad los autores de tales crímenes siempre se libren), y la tenaz pero sin duda no ordinaria voluntad de un magistrado, que justamente está heroicamente dispuesto a arriesgarse con tal de hacer lo que debería ser normal en un Estado de derecho.

Ese reportaje, esa historia, nos dice perfectamente qué tipo de periodismo es el que practica Ana Politkovskaya. Un periodismo que se toma en serio algunos deberes éticos y que no se conforma con aparentes finales felices, un periodismo que va a ahondar tras los hechos incluso

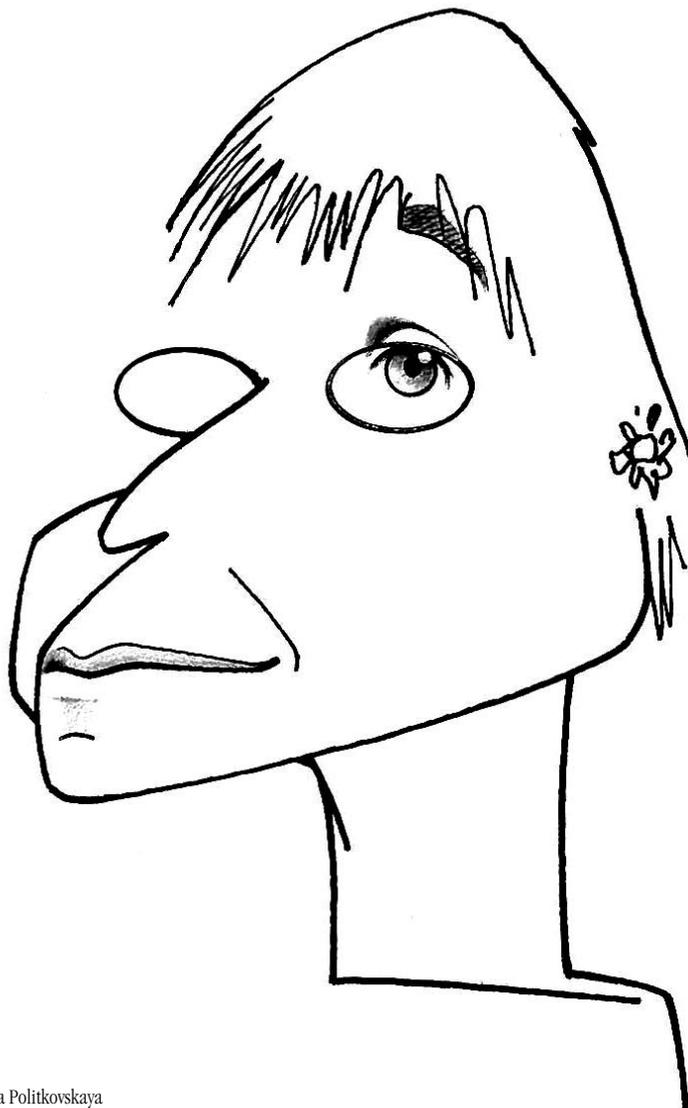
cuando parecen elogiosos para el *establishment*.

Esa historia, que apenas he esbozado y que pido que Ana cuente más detalladamente, puede ser la introducción más clara, aunque dramática, a lo que es hoy la denominada democracia rusa en el régimen de Putin.

Ana Politkovskaya: Ante todo buenos días y muchas gracias por venir a este encuentro en este domingo tan espléndido, dispuestos a escuchar algo no tan resplandeciente como el día que les aguarda fuera de la sala. Gracias también por las extraordinarias palabras que se han dicho al principio y con las cuales, naturalmente, no estoy de acuerdo. Efectivamente, me considero una periodista, puede que incluso una fanática del periodismo; y considero, por ello, que sencillamente cumplo con mi deber y trabajo en consecuencia.

El caso Budanov es efectivamente una historia de una importancia crucial para mi país. El coronel de carros de combate Budanov cometió el delito del que vamos a hablar el mismo día que Putin fue elegido por primera vez presidente del país. Como ocurre a menudo en la guerra, el delito se cometió porque aquel día numerosos oficiales del regimiento habían bebido. Habían celebrado la elección de Putin y el cumpleaños de la hija de Budanov. Cuando el coronel ya estaba muy borracho le entraron ganas de una mujer. Entonces eligió la chica más mona en la primera casa que encontró. La chica fue envuelta en una manta y llevada a la tienda del coronel. Después de violarla, el coronel la asfixió.

Se trata realmente de una historia de guerra de lo más banal. Pero lo que empezó a continua-



Ana Politkovskaya

ción ya es un asunto político. Cuando se dieron cuenta de cómo se había celebrado la subida al trono de Putin, los militares destinados en Chechenia empezaron a sostener que la chica era una combatiente, que pertenecía a las fuerzas de los separatistas y que por lo tanto el coronel había actuado conforme a derecho. Si el proceso se pudo instruir fue gracias a dos generales, que a la sazón se encontraban en Chechenia, y que no consideraron aquel comportamiento digno de un oficial. Esos dos generales permitieron que se recogieran todas las necesarias pruebas primarias de culpabilidad del coronel. Sobre los miles de casos similares —y en la guerra esas cosas ocurren continuamente— ni siquiera se había llegado a poner en marcha algún tipo de investigación. Sólo gracias a esos dos generales el caso llegó por lo menos a los tribunales. Sin embargo en seguida el Ministerio de Defensa, muy cercano al Kremlin, se puso manos a la obra en el in-

tento de exculpar al coronel y de reintegrarlo en su rango de oficial ruso. Durante el proceso se intentó endosar la culpa a la pobre muchacha, acusándola de formar parte de la resistencia chechena. El fiscal insistió sobre ese punto durante más de año y medio. Budanov, por su parte, sostenía que su intención era hacer que la chica confesara dónde se encontraba la base del grupo de guerrilleros al que pertenecía. Las organizaciones de defensa de los derechos humanos estuvieron, para este caso, muy activas. Apelaron a Human Rights Watch, a Amnistía Internacional. A su vez, esas organizaciones apelaron a los gobiernos occidentales para que impidieran que se archivara el caso del coronel, como podía preverse por la marcha del proceso.

Y entonces ocurrió un auténtico milagro. El Parlamento de Alemania (Bundestag) y su ministro de exteriores Fischer se dirigieron directamente a Schröder. En ese momento el proceso se

estaba celebrando en Rostov del Don, al sur de Rusia. En uno de sus encuentros, Schröder advirtió a Putin, dejándole claro que la comunidad internacional jamás aceptaría el sobreesimiento de un caso de violación y asesinato. Entonces Putin dio marcha atrás. El fiscal fue sustituido. El nuevo fiscal en seguida declaró culpable al coronel. También se cambió al juez, que empezó a llevar el proceso a favor de la víctima. Así, muy rápidamente, se llegó a un veredicto de culpabilidad. Sin embargo se trató sólo de una puesta en escena, debido a que Putin no quería sentirse incómodo con Schröder, con quien deseaba tener relaciones amistosas. El propio Budanov acabó siendo sólo un fantoche en toda esta peripecia absolutamente política.

El del coronel sigue siendo el único caso de un oficial castigado severamente por cometer un delito. En el transcurso de los dos últimos años ha habido otro caso análogo: la investigación sobre un grupo de oficiales de la dirección de los servicios secretos militares, a las órdenes de un tal Ulman, que, siempre en Chechenia, habían asesinado a seis civiles y después habían quemado sus cuerpos. Los militares “creían” —¡simplemente creían!— que aquellas personas eran guerrilleros, pese a que se trataba de ancianos y mujeres. La sentencia del tribunal reconoció que, sí, los civiles habían sido ejecutados y quemados, pero no admitió la culpabilidad de los imputados en razón de que ellos no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. Entonces uno se pregunta en qué consiste ese “deber”: entre los asesinados estaba el director de un colegio, su subdirector, un

guardabosques, una mujer embarazada con otros ocho hijos que cuidar en casa. ¿Qué “deber” es éste? Es un concepto muy importante. También yo he afirmado al principio, exactamente como ese grupo de oficiales, que no hago sino cumplir con mi deber de periodista. El problema es que en la Rusia actual asistimos a la coexistencia de dos verdades, que ni siquiera llegan a rozarse. La primera es la verdad de la gente que querría vivir como en tiempos de la Unión Soviética, poniéndose al servicio de la ideología y no de la ley; son personas que niegan las leyes con tal de estar al servicio de alguna ideología política de reciente invención. Consideran que su deber consiste en eso. Y luego está la otra parte de la población, que concibe el deber en el sentido de observar honestamente todo lo que ocurre en el país, actuando de forma que la ley esté por encima de todo, y permitiendo así la prevalencia de los principios democráticos.

F. d' A.: Usted ya ha planteado dos temas esenciales que nos afectan a todos, incluso en Occidente: el tema de la legalidad y el tema de la guerra. Y un tercer tema crucial para las democracias, el de las reacciones, o de la ausencia de reacciones, por parte de la opinión pública frente a la ilegalidad en general y frente a la ilegalidad particularmente monstruosa en tiempos de guerra.

Por ello quisiera hacerle una serie de preguntas.

La primera: la guerra en Chechenia, que da lugar precisamente a una infinidad de casos dramáticos —usted nos ha recordado que en Chechenia violar y matar está a la orden del día, nadie le da importancia, ni siquiera se llega a los tribunales— es una guerra llena de horrores. Sin embargo, de esa guerra en Occidente se habla poquísimos, esa guerra en Occidente no provoca emociones ni escándalo porque sustancialmente, por lo poco que se habla de ella, ha trascendido la idea de que el separatismo chechén está tan infiltrado por el riesgo de terrorismo y de fundamentalismo islámico que defender los derechos del pueblo chechén significaría, directa o indirectamente, dar una ventaja al terrorismo internacional.

Por ello quisiera, aunque sea de forma sintética, que usted nos expli-

cara los elementos esenciales de la auténtica naturaleza de la guerra rusa en Chechenia, porque esa idea de que contra el terrorismo internacional se puede utilizar cualquier medio por desgracia es una idea no sólo de Putin, es una idea difundida también en otros países más cercanos a nosotros. Por eso digo que es un tema del que sabemos poquísimos pero que nos afecta de cerca, mucho más de lo que imaginamos.

A. P.: La segunda guerra de Chechenia empezó en 1999. Puede considerársela una revancha por parte de las tropas federales porque se vieron obligadas a firmar la paz que puso fin a la primera guerra de Chechenia, en 1996. En aquella época, en Chechenia, la vida de la gente era muy penosa, porque efectivamente existían numerosos grupos de bandidos y de fanáticos religiosos. Muchas de las personas con las que hablé entonces me dijeron que la guerra probablemente duraría poco y que, una vez restablecida la legalidad, la vida mejoraría para todos. Algunas personas relacionaban la guerra con la solución de los problemas internos. Pero los métodos aplicados por el ejército federal fueron tales que no dejaban opción: golpeaban a cualquiera, independientemente de las opiniones, independientemente de la ley. Mataban exclusivamente sobre la base del “derecho” de tener un arma en la mano. En 2001 Putin abrió paso a la denominada *chechenización* del conflicto, que no es otra cosa que la instigación de una guerra civil en Chechenia. El sentido de ello es: cuanto más se maten entre ellos, menos de los nuestros morirán. Desde ese momento, precisamente en 2001, vivimos en un clima de continuos atentados terroristas. El terreno fértil que alimenta constantemente en la gente los deseos de linchamiento —y un acto terrorista es un linchamiento— es la total ausencia de legalidad en Chechenia, así como ya también en toda el área de las repúblicas caucásicas septentrionales, Ingushetia, Dagestán, Cabardino-Balkaria y Karachayevo-Cherquesia. La política ha dado lugar a la creación

de una actividad clandestina musulmana, no necesariamente fundamentalista o radical, sino simplemente musulmana. Esa misma política ha permitido después el nacimiento de ese fenómeno denominado “protestantismo musulmán”, animado por muftíes oficiales vinculados al Kremlin, no apreciados por amplias capas de la población y que constituyen efectivamente un fenómeno muy peligroso. La evolución habida en los últimos años en el Cáucaso septentrional tiene muy poco que ver con lo que normalmente llamamos Al Qaeda: es algo que hemos creado nosotros mismos y que produce un terrorismo interno. Putin va por ahí diciendo que esa gente quiere instaurar un Estado islámico unitario, un califato; pero ningún terrorista ha planteado jamás semejante reivindicación. Lo que piden, por el contrario, es que se ponga fin a la guerra.

Tomemos en consideración únicamente esta concatenación de hechos. Septiembre de 2004: en el colegio de Beslán los terroristas depositan una enorme cantidad de armas. Se trata de un auténtico arsenal. ¿Pero de dónde habían sacado los terroristas todas aquellas armas? ¿Acaso las habían comprado con dinero obtenido de Al Qaeda? No. Se ha comprobado que las habían traído de Ingushetia, las habían cogido de los arsenales del ministerio del Interior local, tras asaltarlos y saquearlos la noche del 21 al 22 de junio de 2004. Lo que hizo posible el asalto fue la ayuda ofrecida a los terroristas por parte de los policías de Ingushetia. También en esa República, efectivamente, los humores anti-federales están muy difundidos. Y eso quiere decir que ya existían presupuestos sociales para la acción terrorista.

F. d' A.: Utilizar la provocación policial, utilizar el terrorismo para fines internos, utilizar la necesidad de seguridad, el sentimiento nacionalista e incluso chovinista para reforzar un poder de gobierno, es una técnica bien conocida. Y en la Rusia de Putin creo que en este momento se

está utilizando a diestro y siniestro. Pero yo quisiera entender algo mejor ese poder de Putin, de la estructura institucional y también social de su régimen. Como usted sabe, nosotros tenemos en 2005 un primer ministro, Silvio Berlusconi, que quiere muchísimo a Putin, que declara tener una gran amistad con él incluso en el plano personal, que lo invita a sus mansiones, que es invitado por Putin a sus dachas, así que entre los dos parece existir un *feeling* que va mucho más allá de la alianza política. Lo cual ya debería resultar paradójico, dado que nuestro primer ministro no hace otra cosa que hablar del peligro comunista y dado que en el fondo Putin es el único jefe de gobierno europeo que como credenciales de su pasado únicamente tiene haber sido un alto oficial del KGB, es decir un alto oficial de los servicios secretos comunistas.

He aquí una buena paradoja: un primer ministro ferozmente anticomunista y que de palabra se erige en paladín del capitalismo y por tanto de la competencia de mercado más extrema, un liberal como él se proclama a la mínima ocasión, precisamente en nombre del liberalismo y del anticomunismo pero que al mismo tiempo enarbola esa singular amistad, esa auténtica “correspondencia de sentimientos amorosos” en relación con Putin. Todo ello hace surgir inevitablemente una pregunta: pero entonces, ¿este gobierno de Putin en qué medida es de verdad un gobierno liberal, que desea la libertad de mercado, y en qué medida es realmente un gobierno que ha roto con el pasado del comunismo y está llevando a Rusia a la democracia? Yo sé que dirigidas a usted son preguntas retóricas, pero creo que contestarlas desde dentro, contar lo que tienen aún de *brezneviano*, y también lo que tienen de mafioso (y de totalmente ajeno a una lógica de mercado competitivo) la vida política y la vida económica de la Rusia de Putin, lo considero muy importante para nosotros.

A. P.: No sé en qué se basa la gran amistad existente entre Putin y Berlusconi. Sólo sé que los medios de comunicación oficiales repiten continuamente que Berlusconi es el mayor abogado

* Expresión utilizada por Ugo Foscolo en su obra en verso *Dei sepolcristi*. (N. de T.).

LA OSADÍA DEL PENSAMIENTO LIBRE

europeo de Putin en la esfera de los que cuentan y tienen poder. Pero la posición de Putin sobre la Unión Soviética naturalmente no es la que usted ha descrito a propósito de Berlusconi. Varias veces, sobre todo en el transcurso del último año, Putin ha declarado que considera una tragedia personal el derrumbe de la Unión Soviética y de su sistema. Pero si, para determinados aspectos, su política está calcada del estilo soviético, como por ejemplo cuando refuerza los servicios secretos, para otros, como la política social, se aparta de ella de forma nítida. Contrariamente a lo que ocurría en la época soviética, efectivamente, la política de Putin es totalmente antisocial. Es una política que le dice a la gente que se aleje del Estado, que se pague la atención médica con su dinero, que la instrucción es sólo para las familias ricas. Los pobres tienen que ser expulsados de la asistencia sanitaria y de una educación decente. Desde el uno de enero de 2005 ha entrado en vigor la ley 122, que es de una gran importancia para nosotros. En virtud de esa ley se ha reducido aún más la participación del Estado en la política social a favor de sus propios ciudadanos, sobre todo en el sector más pobre de la población, que en nuestro país representa un tercio de los ciudadanos. Putin está a favor del capitalismo, y en eso indudablemente se parece a Berlusconi; pero el de Putin es un capitalismo oligárquico, burocrático: los ricos en nuestro país ya no son quienes consiguieron su riqueza en los tiempos deshonestos de Yeltsin. Los ricos de hoy se sientan, por así decirlo, sobre la corriente de los recursos de los presupuestos generales. Los oligarcas más ricos son los funcionarios estatales, y cuanto mayor es su grado, más ricos son. El sistema funciona así: los vicepresidentes de Putin, los vicepresidentes del jefe de la administración presidencial (ésta es la definición exacta de su cargo) se encargan de administrar los flujos financieros de los recursos presupuestarios que son más interesantes

desde el punto de vista de la conveniencia económica. Es decir: el dinero del petróleo, del complejo militar-industrial, de las materias primas, como aluminio y níquel, de la industria metalúrgica. Doquiera que haya beneficios, allí está la tutela absolutamente legal de los vicepresidentes de la administración presidencial, que es como decir de los presidentes de los consejos de administración de esa enorme cantidad de *holdings* surgidos en los últimos años y que controlan esos importantes flujos financieros. En las exóticas localidades donde pasan sus vacaciones los súper ricos, por primera vez este año se podía ver no ya a los que nosotros llamamos los “nuevos rusos”, sino también a los “novísimos rusos”, es decir a los funcionarios de alto nivel. Lo que distingue al capitalismo de Putin es su naturaleza burocrática, oligárquica, antisocial, antidemocrática. Durante el pasado año se ha modificado radicalmente la legislación electoral y hemos perdido la mayor parte de los derechos que habíamos conquistado con la caída de la Unión Soviética y la subida al poder de Yeltsin. En el capitalismo en versión Putin, el papel de primer violín le corresponde a los antiguos miembros de los servicios secretos, es decir al KGB, que hoy se llama FSB. Todos nuestros grandes burócratas, nuestros más altos funcionarios, trabajaron en el pasado en el mismo sistema que Putin. Él sólo se fía de ellos y por lo tanto sólo ellos pueden desempeñar los más elevados cargos estatales.

F. d' A.: Por desgracia voy a poder hacerle muy pocas preguntas, y después naturalmente también el público podrá plantearle más, y por ello desgraciadamente vamos a poder tocar muy pocos de los muchísimos temas que en cambio surgen de sus intervenciones. Más adelante le preguntaré acerca de las bases sociales del consenso sobre Putin, porque el régimen de Putin, que podríamos definir en términos de politología como un populismo antidemocrático, antiliberal, se basa indudablemente en la represión, se basa indudablemente en la corrupción, se basa

Philipp Blom



Encyclopédie

El triunfo de la razón en tiempos irracionales

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Michel Onfray



Las sabidurías de la antigüedad

Contrahistoria de la filosofía, I

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Manuel Delgado



Sociedades movedizas

Pasos hacia una antropología de las calles

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Bruce Bégout



Zerópolis

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Hans Magnus Enzensberger



El perdedor radical

Ensayo sobre los hombres del terror

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Gilles Lipovetsky

Sébastien Charles



Los tiempos hipermodernos

ANAGRAMA
Colección Argumentos



indudablemente en el miedo, pero se basa, de forma asimismo indudable, en la capacidad de generar consenso en amplios sectores de la población.

Pero antes de tocar ese asunto crucial me interesaría que usted, periodista, nos dijera algo acerca de la situación de los medios de comunicación en Rusia, porque la tasa de pluralismo de los medios de masas es uno de los índices más seguros de la democracia liberal y de las libertades de que goza un país. Tenga en cuenta que en Italia ya no nos escandalizamos por nada, porque hasta hace unos años nos habría parecido, de acuerdo con un sentir y unos estándares europeos comunes, que un país que disponga de determinado número de cadenas de televisión (un número que por razones técnicas siempre es muy limitado, normalmente seis o siete) y donde una sola persona pueda ser dueño de más de una (o de más del 49% de una sola) es un país en el que rige, más que un oligopolio, una situación de monopolio.

En Italia ese estándar europeo ya lo hemos perdido, incluso en nuestras conciencias: nos hemos acostumbrado a estándares muy distintos y mucho menos exigentes. No obstante, dado que cuando se habla de liberalismo, antes incluso que de democracia, el pluralismo de los medios es el elemento crucial, le pido que nos describa cuál es la situación en la Rusia de Putin. Yo recuerdo que en tiempos de Breznev mis amigos disidentes decían que era muy fácil saber lo que ocurría en Rusia: bastaba con leer el *Pravda*, pero no lo que estaba escrito en el *Pravda*, sino lo que no estaba escrito, entre líneas, y de esa forma se conseguía saber lo que estaba ocurriendo. Hoy en Rusia hay numerosas cabeceras de periódicos, hay numerosas cadenas de televisión con sus correspondientes telediarios. ¿Cuál es el grado de pluralismo, es decir de efectiva diversidad entre esas fuentes de información y cuál es, por contra, el grado de, por así decirlo, pensamiento único, o información única?

A. P.: Las opiniones, como siempre, son muchas, pero el problema es dónde expresarlas. En nuestro país hoy no existe ninguna televisión independiente, no existe ningún programa de debate independiente donde los políticos puedan discutir sobre los problemas más importantes. El



último programa político se suprimió hace aproximadamente un año, se llamaba *Libertad de expresión*. Putin dijo que no veía su utilidad dado que sólo acogía a políticos fracasados. Ahora lo vuelven a emitir, y se transmite desde Kiev, en Ucrania. En Rusia existe, además de un número absolutamente reducido de periódicos que no siguen la línea oficial, una sola emisora de radio independiente al 50%, donde de vez en cuando se consigue discutir en directo lo que está ocurriendo en el país. Yo trabajo en el periódico de oposición más democrático, que hace ya años fue declarado oficialmente enemigo del régimen de Putin. Esa declaración la realizó uno de los vicepresidentes de la administración presidencial que es responsable de la política de Interior.

Los motivos por los que hemos sido declarados enemigos son muchos: que pidiéramos, junto con los habitantes de Beslán, una investigación independiente sobre el ataque terrorista y que lleváramos a cabo la nuestra propia; que apoyáramos la protesta popular contra la ley 122; que nos manifestáramos firmemente en contra de la destrucción de Yukos —una enorme industria petrolera que financiaba a parte de los partidos de oposición y a una importantísima institución de la sociedad civil como las organizaciones de defensa de los derechos de los ciudadanos; además hemos sostenido coherentemente,

durante los últimos seis años, una posición contraria a los métodos empleados en Chechenia, explicando que la explosión del terrorismo en el país, incluyendo la tragedia de Beslán, es una consecuencia directa de todo lo que está ocurriendo en Chechenia; e igualmente hemos llevado a cabo investigaciones sobre la corrupción generalizada a causa de las cuales dos periodistas de nuestro diario han sido asesinados. Ningún otro periódico ha sufrido pérdidas tan graves; uno de esos colegas fue asesinado junto a su domicilio, el otro fue envenenado. Ésa es la libertad de expresión, según Putin.

F. d' A.: Cuando he dicho al empezar que lo que debería ser normal en un país de libertad corriente, es decir la posibilidad de hacer periodismo, en la Rusia de Putin por el contrario implica heroísmo, no estaba diciendo por tanto nada retórico, sino que me estaba refiriendo a una situación que, como demuestra todo lo que nos ha contado Ana Politkovskaya, constituye una realidad cotidiana. Pueden mantenerse con vida las cada vez más escasas voces libres, pero sólo poniendo en juego la vida de uno.

Y en Occidente nos ocupamos poquísimos de ese aspecto trágico de la Rusia de Putin. Y puesto que Mantua, durante el festival de la literatura, es uno de esos lugares donde hay una gran presencia de periodistas, espero que el periodismo italiano, por lo menos esa parte del periodismo que sigue siendo *periodismo*, se comprometa a actuar seria-

mente para defender la libertad y la vida —porque a estas alturas las dos cosas van juntas— de los pocos, poquísimos verdaderos colegas periodistas rusos. Por ello espero que este encuentro sirva por lo menos también para eso, para que se comprenda que la atención de los medios occidentales es uno de los elementos que pueden dar fuerza, y ganas de seguir, a quienes sin duda tienen el valor suficiente, pero a los que sería injusto exigirles un heroísmo cotidiano.

Porque el hecho de que existan gobiernos en cuyos países la libertad de expresión está reducida al estado deplorable y desesperado que nos ha sido descrito, gobiernos que sin embargo ya son aceptados en el concierto internacional sin la mínima reserva crítica, o incluso con gran amistad, como la de nuestro actual primer ministro, no tiene que convertirse en una coartada para rebajar —en nombre de un “realismo” mal entendido— los estándares con los que se concibe la libertad de los medios. Y por tanto, pensar que en Occidente (y en Italia) la situación es idílicamente liberal sólo porque no sea tan dramática como en Rusia, resulta un miserable consuelo. Porque no debemos ignorar que en Occidente ya está disminuyendo la libertad efectiva de que gozan o que ejercen los medios informativos, ni obviar los pasos de gigante que está dando el conformismo. Sin hacer obviamente paralelismos con la situación de la Rusia de Putin, que es tan dramática que cualquier paralelismo sonaría a cinismo. Pero sin caer tampoco en otro cinismo, que acaba utilizando lo dramático de aquella situación para forzarnos a aceptar como normalidad liberal cualquier estándar que sea menos dramático que el ruso.

En suma, si no existiese el peligro de muerte cotidiano, que en Rusia sin embargo existe para cualquier periodista-periodista, yo diría que la situación de uniformidad televisiva que Ana Politkovskaya nos ha descrito equivaldría a un único grande, perenne show de Bruno Vespa**. Ésa es la descripción que se nos ha dado.

Pero, precisamente, no podemos aventurar ni siquiera una compara-

** Periodista italiano de larga trayectoria. Actualmente desempeña el papel de presentador de programas de debate político con una actitud considerada complaciente con el poder. (*N. de T.*)

ción, porque en el conformismo coaccionado de los medios en Rusia existe además ese elemento terrible: quien intente romper ese monopolio pone en peligro su vida. Y entonces la última pregunta, antes de darle la palabra a usted, es: ¿Cuáles son los mecanismos mediante los que Putin consigue asegurarse de todas formas un consenso y pulverizar a sus oponentes? ¿Y qué papel juega en todo ello la corrupción, qué papel juegan en ello los apoyos internacionales, qué papel juega en ello la Iglesia ortodoxa y cómo es posible que un país donde un tercio de los ciudadanos vive por debajo del umbral de la pobreza todavía no manifieste una oposición democrática capaz de representar una alternativa?

A. P.: No puedo responder en dos palabras a una pregunta así. Puedo decir que las capas más pobres de la población de nuestro país, que están constituidas por millones de personas, hoy están contagiadas de nacionalismo y de ideas antidemocráticas. No creo que sea una respuesta original. Pero se trata de un peligro auténtico. Nosotros los llamamos los “rojo-pardos”^{***}: es gente pobre que considera culpables de todo a los “negros” –disculpen que utilice ese término– y naturalmente, como siempre, a los judíos. Es una idea política que en la actualidad se está difundiendo realmente, porque la mayor parte de los nuevos rusos está compuesta por judíos que, tras el derrumbe de la Unión Soviética, consiguieron reunir su desmedido capital en tiempos prodigiosamente cortos. Después estalló la guerra en Chechenia, y en general en el Cáucaso, que ha dado lugar a fuertes sentimientos anticaucaásicos. A los habitantes del Cáucaso los llaman “nuestros negros”. Hoy en provincias goza de enorme popularidad el movimiento nacional-bolchevique. La semana pasada el líder de uno de esos partidos, el escritor Eduard Limonov, dijo: “Por lo que parece, el gobierno quiere un nuevo 1920 como en Alemania, y nosotros se lo daremos”. Creo que si

en Rusia se llegase a una revolución, no será como la de las rosas en Georgia, o como la de los tulipanes en Kirguizistán o como la revolución naranja en Ucrania: en Rusia habría una revolución sangrienta. Eso ya es evidente hoy. Personalmente no albergó esperanzas, porque veo que hoy faltan en el movimiento democrático líderes fuertes capaces de reconducir a su favor a semejantes estados de ánimo. Puede que ustedes sepan que en 2003, con ayuda de la política de Putin y de la corrupción, que por supuesto la respalda plenamente, subió al poder el partido Rusia Unida y todos los partidos democráticos fueron expulsados de la escena parlamentaria. Se creó una situación de vacío político, que los viejos demócratas (no en el sentido de su edad) de los tiempos de Yeltsin no han conseguido llenar uniendo sus fuerzas, mientras que los nuevos líderes sólo empiezan a ser conocidos ahora. Lo único que puedo decir, para no terminar con una nota tan pesimista, es que naturalmente nosotros lo intentamos, pero no lo suficiente.

F. d' A.: Ahora ha llegado el momento de hacer algunas preguntas, me temo que sólo dos o tres, por desgracia muchas menos de las que quisiéramos plantear y menos que las muchas respuestas que quisiéramos oír.

Pregunta 1: Llegados a este punto, ¿cuáles pueden ser las perspectivas para Rusia? Me refiero en primer lugar a la posibilidad de una revolución que puede encontrar terreno abonado en la enorme diferencia entre ricos y pobres. Y en segundo lugar, me pregunto si la segunda línea de la oligarquía, la que está detrás de Putin, no podría resultar en el futuro aún más violenta y autoritaria.

Pregunta 2: ¿Cuál es su análisis sobre el caso Jodorkovski? Jodorkovski fue presidente de Yukos y estaba vinculado a Yeltsin. Luego, bajo Putin, fue condenado a siete años de cárcel. Actualmente parece que la disidencia se está organizando en torno a él.

Pregunta 3: Usted parece tener una opinión moderadamente positiva del período de Yeltsin. ¿Podría decirnos

cuáles eran, si los había, esos aspectos positivos respecto al posterior período de Putin?

A. P.: Empiezo por la última pregunta. No se trata de dar o no dar un juicio positivo sobre Yeltsin: yo soy una periodista y mi misión es criticar todo lo que ocurre ya sea bajo Yeltsin o bajo Putin. No hay nada extraño en ello. No obstante, puedo decir que, a pesar de toda la ambigüedad de su figura política, Yeltsin consiguió parar la primera guerra de Chechenia, parar el derramamiento de sangre y salvar la vida de mucha gente. Con Yeltsin trabajábamos en total libertad, por ello podíamos informar de cuanto ocurría en Chechenia durante la guerra y el resultado fue que se llegó a la decisión política de parar la guerra. El propio Yeltsin comprendía que en el país existían millones de indigentes que había que mantener, y que sin el apoyo del Estado no podían proporcionar educación a sus hijos o cuidar su salud.

Hoy, con Putin, de eso ya nadie se acuerda. A causa de la reforma educativa que Putin introdujo hay adolescentes que no han ido al colegio ni siquiera un día: son los hijos de alcohólicos que ya no reciben subsidio estatal para rehabilitarse. Y son las personas que constituyen la base social del actual movimiento nacionalista. He ahí el auténtico resultado de la política antisocial de Putin. Considero que la guerra y esa política antisocial son los dos errores principales de Putin. A veces oigo decir que ahora el país es más seguro. No es así en absoluto. La cantidad de atentados terroristas perpetrados bajo Putin no tiene precedentes en la época de Yeltsin. A eso se me objeta que Yeltsin trató con Masjádov y Basáyev, pero en aquella época no hubo episodios como el de Beslán y para mí eso es lo más importante.

Por lo que se refiere a Jodorkovski, él es indudablemente un oligarca de la época de Yeltsin. Hubo un momento en que los hombres de Putin empezaron a desbancar a los hombres que ha-

bían estado más cerca de Yeltsin y de los flujos presupuestarios de la época. Quitaron de en medio a Jodorkovski, que era parte de la oligarquía de Yeltsin, lo procesaron y lo metieron en la cárcel. Fue una jugada acertada, porque en seguida los demás oligarcas accedieron a vender sus empresas y se fueron al extranjero. De esa forma los oligarcas de Putin consiguieron su parte, y se quedaron muy satisfechos. Sin embargo, para nosotros nada ha cambiado, el 30% de la población siguió estando en condiciones de pobreza igual que antes, y únicamente se nos privó de los derechos electorales y de las conquistas democráticas del período de Yeltsin. Naturalmente, entre la gente pulula el sentimiento de que Jodorkovski es el principal opositor a Putin y ahora, aun encarcelado y condenado a nueve años de reclusión, sus seguidores lo han presentado como candidato, tal y como permite la ley hasta que la sentencia no sea firme el 14 de septiembre, a diputado del parlamento al haber quedado libre un escaño en la Duma.

Ahora voy con la primera pregunta. Considero bastante alto el riesgo de una revolución en nuestro país durante 2006. A lo largo de este año se espera una reforma de la Constitución que debería permitir a Putin seguir siendo el jefe del Estado incluso después de un segundo mandato. En ese momento sin duda se habrá fortalecido el frente cívico anti-Putin, que reúne a los demócratas, a los comunistas, a los nacional-bolcheviques y también a algunos movimientos muy extremistas. Pero dado que en ese frente los demócratas tienen un papel muy pequeño, como he dicho, el riesgo de una revolución “rojo-parda”, no democrática, es muy alto.

Creo que después de Putin serán sin duda los nacionalistas los que llegarán al poder. Sin embargo, el éxito del nacionalismo está siendo inducido de hecho, y paradójicamente, precisamente por la administración Putin. La administración no desarrolla en absoluto un papel de consolidación de

^{***} El término es una alusión a los nazis de la Alemania de Hitler. (N. de T.).

la sociedad, sino que por el contrario alimenta la guerra civil. En agosto, la administración Putin ha dado vida a un movimiento llamado *Nasbe* (*Lo nuestro*). Los “otros” no son “de los nuestros”. No es un secreto que han sido invitados a formar parte de ese movimiento incluso organizaciones de aficionados al fútbol en calidad de grupos de asalto. Muchos de esos facinerosos tienen condenas pendientes por peleas, delitos menores, etc. Se trata de pequeños, y a veces también grandes delincuentes; de *hooligans* particularmente agresivos. Ahora bien, todos los procesos penales contra ellos han sido suspendidos y se les ha prometido que así seguirán mientras militen en el movimiento *Nasbe*. Se trata de un hecho catastrófico, porque esos aficionados desquiciados, que ahora se han hecho “de los nuestros”, andan continuamente metidos en peleas, y no en peleas inocuas de adolescentes, sino en peleas de consecuencias graves, con cabezas rotas, fracturas en brazos y piernas, etcétera. Las víctimas son oportunamente escogidas entre los que se adhieren al frente contra Putin. Es una política muy vil, porque puede llevar directamente a una revolución. Personalmente soy contraria a la revolución. Pienso que Rusia ya ha tenido suficientes y creo que nuestra tarea ahora es, finalmente, perseguir sólo la legalidad. Es de fundamental importancia para nuestra sociedad aprender a vivir en el respeto a las leyes, derrotando así a la pobreza, a la corrupción y al nacionalismo. Es el único camino a seguir para que nuestros hijos y nietos puedan vivir decentemente como en el resto de Europa. Putin es estancamiento, un evidente estancamiento, pero el nacionalismo es la Alemania nazi.

F. d' A.: Ya que la inmensa mayoría del público sigue aquí, a pesar de lo tarde que es, dejaría espacio para otras dos preguntas, y para una última respuesta de Ana Politkovskaya, y después seguramente alguien querrá que ella le firme un ejemplar de su libro. Estamos rebasando los horarios pero espero, dado el interés,

que los organizadores me perdonarán si concedo la palabra al público para que haga otras dos preguntas.

Pregunta 4: ¿El trabajo de investigación desarrollado por usted y por su periódico qué tipo de reacciones suscita en los lectores, en la gente corriente y sobre todo en los jóvenes?

Pregunta 5: Quería preguntarle si nos puede ilustrar el fenómeno del “rusismo”, es decir de esa especie de racismo que se está difundiendo en Rusia frente a los inmigrantes de países vecinos.

Gracias a todos, pido disculpas a las muchas personas que quisieran hacer más preguntas pero ya hemos rebasado ampliamente el tiempo, y por ello le doy la palabra a Ana Politkovskaya para las últimas respuestas.

A. P.: Nuestro país es enorme, y por lo tanto no puedo asegurar que todo el país reaccione bien frente a las cosas que escribo. Sólo sé que recibo cartas con peticiones de ayuda, que me instan a escribir sobre experiencias personales terribles que ocurren por doquier. Creo que la razón de ello no radica en un especial afecto hacia mí sino en el hecho de que hoy la gente no se siente defendida por la justicia. Los tribunales están corrompidos, uno no puede dirigirse a los medios de comunicación oficiales, la mayoría de los cuales tiene prohibido hablar de determinados asuntos. Por eso se dirigen a mí y a nuestro periódico. Saben que somos más abiertos y más valientes que otros.

En cuanto al fenómeno que usted ha definido como “rusismo”, indudablemente hay un fuerte racismo frente a los que vienen de otros países, en particular los que vienen de Asia central. Y es fuerte no sólo en Moscú o en San Petersburgo, sino también en ciudades muy pequeñas. Yo he escrito sobre numerosos casos donde unos adolescentes han asesinado a chicos de su misma edad precisamente en ciudades pequeñas. En Moscú y San Petersburgo, por lo menos, esos casos llegan a los tribunales; en el resto de nuestro interminable país eso no sucede fácilmente. Se trata en efecto

de un nacionalismo muy extraño porque no es raro que tenga como víctimas a personas étnicamente rusas. Es el caso de aquellas personas que, por ejemplo, abandonan las regiones del Cáucaso, donde hoy, con no pocos esfuerzos del poder, se están creando unas repúblicas y unos territorios de hecho monoétnicos donde a los rusos les resulta muy difícil vivir, y que por ello se trasladan a regiones y ciudades rusas. Un ejemplo es la propia Chechenia, o Daguestán. Ahora bien, las discriminaciones nacionalistas afectan precisamente a esos “rusos impuros”, pese a que son completamente rusos. Creo que las auténticas causas de ello son siempre las mismas: la pobreza contra la que es imposible hacer nada, la corrupción que no permite que la gente pobre, independientemente de dónde provenga, regularice su situación, porque la política de las autoridades aprueba la regularización sólo de los que tienen dinero, y quien no lo tiene se vuelve un irregular; y finalmente el nacimiento de una fuerte delincuencia juvenil, nacionalista e ignorante.

F. d' A.: Hay un motivo especial por el que quisiera darle las gracias a Ana Politkovskaya por el encuentro de esta tarde. Ana Politkovskaya no ha intentado dorar la píldora, no ha tratado de concluir con notas de esperanza. Ha querido contarnos de forma sobria y analítica la realidad de su país. Y sobre todo no ha querido en absoluto apelar a la responsabilidades ajenas, las nuestras, como occidentales, que también las hay, en el ascenso y fortalecimiento de Putin. Ana Politkovskaya siempre ha hecho referencia, por lo que respecta a los demócratas rusos, a sus debilidades, a la circunstancia de que hacen algo pero no lo suficiente. Pues bien, esa actitud de querer contar con sus propias fuerzas y de asumir hasta el fondo todas sus responsabilidades es algo extraordinariamente raro. Aquí, cada vez más, se intenta endosar a otros la responsabilidad por los problemas existentes. Por tanto, por esa actitud fuera de lo común, y por consiguiente *extraordinaria* en sentido técnico, y por todo lo demás doy las gracias a Ana Politkovskaya.

Y sin embargo, aunque ni siquiera Ana ha sacado a relucir nuestras responsabilidades, nosotros no podemos ignorarlas. En el régimen antidemocrático de Putin existe también responsabilidad nuestra. En la desatención hacia las continuas violaciones de la legalidad y de las libertades en Rusia existe también responsabilidad nuestra. Porque todos sabemos que, exactamente igual que contó la actitud de la prensa occidental, y la de los gobiernos, y la de los intelectuales occidentales, en la época de Breznev a la hora de defender a los disidentes de la URSS, de la misma forma los gobiernos, los medios, los intelectuales, pueden influir, tanto más en una era globalizada, para apoyar a quienes en la Rusia de Putin defienden los residuos de libertad. Ellos son los nuevos disidentes. Y por lo tanto debemos sentir como tarea *nuestra* el compromiso con los derechos de estos nuevos disidentes, porque la libertad y la democracia no son, nunca han sido, y hoy menos que nunca, una cuestión meramente nacional. Por el contrario constituyen una cuestión global. Si la libertad y la democracia se ven reforzadas en alguna parte, se refuerzan en todo el mundo. Si se debilitan en alguna parte, se debilitan en todo el mundo. Por consiguiente espero hablar en nombre de todos los presentes, dándole las gracias a Ana Politkovskaya por este encuentro, al asegurarle que nosotros nos esforzaremos por una libertad y una democracia, la rusa, que nos afecta a todos. Una vez más, gracias. ■

Traducción de Alejandro Pradera.

Paolo Flores D'Arcais es coeditor de la revista *MicroMega*. Autor de *El desafío oscurantista*.